

VERDAD Y LIBERTAD
EN LA VIDA UNIVERSITARIA

Rafael María de Balbín

I. VERDAD

La persona humana tiene como una de sus propiedades esenciales la inteligencia, abierta a conocer la realidad en toda su amplitud. Cuando hay plena conformidad entre nuestro conocimiento y las cosas, entonces hay verdad. El saber especulativo o teórico, y también el saber práctico, consiste en penetrar intuitiva o gradualmente en la realidad, con empeño y esfuerzo por conocerla. Nuestra mente es capaz de vislumbrar la coherencia interna del universo y de la historia humana .¹

En directa relación con esta prerrogativa humana se desarrolla la vida universitaria: “La Universidad es fundamentalmente una comunidad de intereses espirituales que reúne a profesores y estudiantes en la tarea de buscar la verdad y afianzar los valores trascendentales del hombre”². Así es como está al servicio de la nación y colabora singularmente “mediante su contribución doctrinaria en el esclarecimiento de los problemas nacionales”³. A la Universidad le corresponde una función rectora en lo que se refiere a la educación, la cultura y la ciencia; mediante la investigación, la enseñanza y la extensión⁴. “La Universidad incide en el proceso social a través de sus investigadores y egresados; de allí la importancia de dotar a éstos no solamente de competencia técnica y profesional, sino de un pensamiento propio sustentado en una visión humanista del hombre y de la ciencia; a la par que se asume de una manera militante la vida y el trabajo desde la ética y la defensa irreductible de los derechos humanos”⁵.

La tarea universitaria implica siempre la búsqueda de la verdad, en todas sus manifestaciones: renunciar a ello sería como firmar la partida de defunción de la Universidad. El escepticismo intelectual -o relativismo- es una enfermedad de la razón, que renuncia cobarde o cómodamente a la tarea que le es propia. Además el escepticismo perjudica notablemente a la enseñanza: los alumnos necesitan *seguridad*, para su búsqueda de la verdad. Esta búsqueda no reconoce fronteras y no tiene por qué autolimitarse, excluyendo ningún campo de la realidad. La adquisición de la verdad se procura, en el plano de la razón natural humana, por medio de las diversas ciencias particulares y de la Filosofía. El creyente cuenta además con la ayuda de las verdades reveladas por Dios, que asume por medio de la Fe, y explicita y profundiza mediante la Teología: así adquiere su conocimiento una más profunda y radical dimensión⁶.

Saber de fundamentos

La búsqueda cabal de la verdad, a nivel universitario, no puede darse si no se incluye entre los estudios el de la Teología. “La universidad profesa por su mismo nombre la enseñanza del saber universal. Como la Teología es una rama de ese árbol del saber, tiene necesariamente que ser enseñada en la universidad. La Teología tiene al menos el mismo derecho a exigir un puesto en la universidad que la astronomía”. Así lo expresaba J. H. Newman⁷. Y más adelante: “¿qué ciencia no encontrará una parte u otra de su territorio atravesada por este sendero? ¿Qué resultados de la especulación son incuestionables, sin haber preguntado a la teología lo que tiene que decir sobre ellos? ¿No arroja luz sobre la historia? ¿No influye en los principios de la ética? ¿No ofrece un cierto

¹ Cfr. R. YEPES STORK. *Fundamentos de Antropología*. EUNSA. Pamplona, 1996; p. 141 ss.

² Cfr. *Ley de Universidades de 1970*, art. 1º, 1.

³ Cfr. *Ibidem*, art. 1º, 2.

⁴ Cfr. *Ibidem*, art. 1º, 3.

⁵ A. LOMBARDI. *La catedral de papel*. Ed. L.U.Z. Maracaibo, 1997; p. 27; cfr. p. 33.

⁶ Cfr. CH. DERRICK. *Huid del escepticismo*. Ed. Encuentro. Madrid, 1982.

⁷ *The idea of a university*. Loyola Univesity Press, 1927, p. 38.

apoyo a la física, a la metafísica y a las ciencias políticas?”⁸. La exclusión del saber teológico del ámbito universitario sería una pérdida irreparable, un gran empobrecimiento que limitaría grandemente la búsqueda de la verdad⁹.

Para que haya una verdadera inspiración cristiana de la vida universitaria no sería suficiente con que los integrantes de la Universidad tengan convicciones o práctica individual de vida cristiana. La Universidad requiere una armónica compenetración de todos los saberes con una inspiración cristiana de la Ciencia y de la Cultura. En este aspecto juega un importante papel la Filosofía cristiana: aquella que es realizada por creyentes, en consonancia con las verdades de la Fe; y siempre con un riguroso método filosófico. La Filosofía cristiana del ser integra y permite hacer la síntesis de los conocimientos culturales y científico-particulares; a la vez que permite a la Teología profundizar racionalmente en los principios revelados. Sin ellas habría una postura simplemente fideísta, basada sólo en el comentario bíblico más o menos acorde con el sentir cultural del momento.

Convendrá que haya armonía y acuerdo entre la búsqueda humana de la verdad y la revelación que Dios ha hecho. No hay contraposiciones, sino la necesidad de una leal colaboración, tal como expresa un conocido filósofo de nuestro tiempo: “Se nos dice que ha sido la fe la que ha contruido las catedrales de la edad media; sin duda, pero la fe no hubiera construido nada si no hubiera habido arquitectos también; y si es cierto que la fachada de Notre Dame es un raptó del alma hacia Dios, eso no le impide ser también una obra de geometría: hay que saber geometría, para construir una fachada que sea un acto de caridad”¹⁰. Y de ahí su exhortación: “Católicos, que profesamos el valor eminente de la naturaleza porque es obra de Dios, mostremos nuestro respeto por ella asentando, como primera regla de nuestra acción, que *la piedad no dispensa nunca de la técnica*. Porque la técnica es aquello sin lo cual la piedad más viva es incapaz de hacer uso de la naturaleza por Dios. Nadie, ni nada, obliga a un cristiano a ocuparse de la ciencia, del arte o de la filosofía, puesto que no faltan otras maneras de servir a Dios; pero *si ésa es la manera de servir a Dios que él ha escogido*, el mismo fin que se propone al estudiarlas le obliga a la excelencia; está condenado, por la misma intención que lo guía, a llegar a ser un buen científico, un buen filósofo o un buen artista: ésa es para él la única manera de ser un buen servidor”¹¹. “Y del mismo modo que me permitía recomendar la práctica de las disciplinas científicas, o de las técnicas artísticas *a aquellos cuya vocación es servir a Dios en estos campos*, asimismo me permito recomendar con todas mis fuerzas la enseñanza y la práctica de la teología a todos aquellos que, habiendo dominado aquellas técnicas, quieran seriamente ordenarlas a Dios”¹².

Buscar la verdad

Una sincera actitud de asombro es la raíz del saber: hay que detenerse ante la realidad, con amor y con tenacidad, para conocerla profundamente. Es afán a la vez de la inteligencia y del querer. Es preciso sorprenderse una y otra vez ante la maravilla del ser, que nos muestra los vestigios de la inteligencia, el amor y el poder del Creador. Quien se compromete con la verdad, ha de ser coherente y esforzarse por convertirla en clave de su propia vida y la de los demás. La verdad, como el bien, tiende a irradiar, y el ámbito universitario favorece muy especialmente su vivencia y difusión.

⁸ *Ibidem*, p. 81-82.

⁹ Cfr. A. ARANDA. *Sobre el influjo cultural de la Teología*, en *Scripta Theologica* 26 (1994/2), 611-624; C. IZQUIERDO. *La función de una revista de Teología en el seno de la Universidad*, en *Scripta Theologica* 26 (1994/2), 641-653).

¹⁰ E. GILSON. *El amor a la sabiduría*. Caracas, 1974, p. 88-89.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*, p. 94-95.

La faena universitaria está plenamente al servicio de la verdad, en todas sus facetas: investigación, docencia, extensión. Propicia una educación completa, que no se limita a proporcionar conocimientos habilitantes para un diploma, sino que forma a personas humanas en sus convicciones y en su carácter; ayudándolas para un actuar coherente en su entorno social. El Concilio Vaticano II consideraba que “el divorcio entre la fe y la vida diaria debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestro tiempo”¹³. La búsqueda de la verdad no es ajena a los problemas diarios o eventuales de la vida humana. “La Universidad tiene como su más alta misión el servicio de los hombres, el ser fermento de la sociedad en que vive: por eso debe investigar la verdad en todos los campos, desde la Teología, ciencia de la fe, llamada a considerar verdades siempre actuales, hasta las demás ciencias del espíritu y de la naturaleza”¹⁴.

La búsqueda de la verdad y el compromiso con ella son propios de toda persona humana. E importancia primordial reviste el compromiso con la verdad religiosa. “La religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma -que no se aquieta- si no trata y conoce al Creador (...): el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena Teología. Una universidad de la que la religión esté ausente, es una universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana que no excluye -sino que exige- las demás dimensiones”¹⁵. La Teología no es una asignatura más, pues el conocimiento de Dios debe dar sentido a toda la enseñanza universitaria: “La Universidad faltaría a su vocación si se cerrara al sentido de lo absoluto y trascendente, ya que limitaría arbitrariamente la investigación de toda la realidad o de la verdad y terminaría por perjudicar al hombre mismo, cuya más alta aspiración es conocer lo verdadero, lo bueno, lo bello, y esperar un destino que le trascienda”¹⁶.

Orientación humanista

Una Universidad de inspiración cristiana debe buscar, a la vez que la excelencia académica, también la orientación humanista. El hombre está abierto a la verdad y a la belleza, tiene un sentido del bien moral, actúa en conciencia y con libertad, tiene afanes de infinito y de dicha en su alma espiritual, busca a Dios. Es preciso tener siempre en cuenta a la persona humana, protagonista de la vida social, la cultura y la ciencia; y no perder de vista ese protagonismo. En este sentido, no hay ciencias *neutras* hacia la verdad, ni siquiera las ciencias experimentales de la materia: cuando el positivismo ofrece una visión reductiva del hombre, se opone a una concepción integral de la persona, de su dignidad y de los derechos humanos. El hombre tiene siempre la grandeza de haber sido hecho *a imagen y semejanza* de Dios. El materialismo es una ideología, que no deriva de ninguna ciencia, y que empequeñece la búsqueda de la verdad. El amor a la *sabiduría* no puede sustituirse con abundancia de *erudición* y menos todavía con simple *información*. Quien busca sinceramente la verdad admite ser un profesor-investigador *con formación*, pero también *en formación*.

Hemos hablado de los horizontes que la Fe abre a los creyentes en la búsqueda de la verdad, dirigiendo una atención muy principal a la condición humana. “La Teología está llamada a concentrar su reflexión en lo que son sus temas radicales y decisivos: *el misterio de Dios*, del Dios Trinitario, que en Jesucristo se ha revelado como el Dios-amor; *el misterio de Cristo*, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los

¹³ Const. *Gaudium et spes*, n. 13.

¹⁴ Beato J. ESCRIVÁ. *Discurso 2-X-1967*.

¹⁵ Beato J. ESCRIVÁ. *Conversaciones*, n. 73.

¹⁶ JUAN PABLO II. *Mensaje al mundo universitario*, 7-III-1983.

aspectos más profundos de la existencia humana; *el misterio del hombre*, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable del sentido mismo de la vida (...). Es la Teología misma la que impone la cuestión del hombre para poder comprenderlo como destinatario de la gracia y la revelación de Cristo”¹⁷.

Plantear pragmáticamente las tareas universitarias, olvidando la búsqueda de la verdad, empobrece grandemente la misión de la Universidad. Recientemente se ha escrito que lo necesario en ella es preparar profesionales técnicamente cualificados para hacer frente a los retos de una sociedad con procesos de globalización. Este planteamiento aparece como muy insuficiente. “El desarrollo de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo marcado por el señorío de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la vida moral y ética. Por desgracia, parece que este desarrollo siempre va por detrás. La primera inquietud se refiere a una cuestión esencial y fundamental: ¿este progreso, del cual el hombre es su autor y defensor, hace la vida humana sobre la tierra más *humana* desde todo punto de vista? ¿La hace más digna del hombre?”¹⁸. No basta con atender los requerimientos de índole económica o técnica: “la cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formarse un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido religioso, moral y social”¹⁹. Es lo que afirmaba con fuerza y esperanza Juan Pablo II en Maracaibo: “Y es una circunstancia muy oportuna que estas palabras las pueda anunciar en el *campus* de una universidad, porque también a nivel de las universidades se deben dejar espacios para una penetración del Evangelio. El Señor ha dicho: *Id y enseñad a todas las criaturas* (Mateo 28, 29). Entonces, la universidad es también una criatura muy importante. Es verdad, la universidad es una criatura muy importante, para la cual yo deseo todas las iluminaciones de todas las ciencias posibles, pero también deseo con todo mi corazón una iluminación de la luz del Señor, la luz del Evangelio”²⁰.

En ocasión memorable expresaba Andrés Bello la necesidad de la búsqueda de la verdad sin restricciones, en armonía de todos los saberes: “Todas las verdades se tocan, y yo extiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquélla y éstas. Yo creo, por el contrario que existe, que no puede menos de existir, una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza”²¹. No existen cortapisas ni contraposiciones entre las diversas ramas del conocimiento humano. Al servicio de la persona humana se opondrán los reduccionismos estrechos. “El fomento de las ciencias eclesíásticas, destinado (...) a proveer a los pueblos de la república de la competente educación religiosa y moral, es el primero de estos objetos y el de mayor trascendencia. Pero hay otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagración de la universidad a la causa de la moral y de la religión. Si importa el cultivo de las ciencias eclesíásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, también importa generalizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud que participa de la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera ser una parte integrante de la educación general, indispensable para toda profesión, y aun para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo”²².

¹⁷ JUAN PABLO II. *Discurso a los teólogos españoles en Salamanca*, 1-IX-1982.

¹⁸ JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 15.

¹⁹ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 59.

²⁰ JUAN PABLO II. *Homilía en Maracaibo*, 27-I-1985, n. 5; cf. *Documento de Puebla*, n. 1.057: “Es importante la evangelización del mundo universitario (docentes, investigadores y estudiantes) mediante oportunos contactos y servicios de animación pastoral en instituciones no eclesiales de educación superior”.

²¹ A. BELLO. *Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile*, 17-IX-1843.

²² *Ibidem*.

Al servicio de todos

La búsqueda de la verdad, en toda su extensión, redundará en beneficio de la entera sociedad: “En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, adonde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas; y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad” (...). “En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras”²³. El que busca y encuentra la verdad debe hacer partícipes a los demás de lo que ha descubierto y contemplado. Los bienes inmateriales son siempre más comunicables, se pueden compartir mucho más ampliamente que los bienes materiales. “En definitiva, los grandes bienes humanos sólo se poseen en comunión. Así el lenguaje, la verdad, el amor. Por eso, al margen del negocio cotidiano, el que busca la verdad más alta no está de ningún modo aislado”²⁴.

La orientación de toda la vida universitaria hacia la verdad no es un elemento baladí, sino su constitutivo esencial. Sin esta orientación la Universidad perdería su más profunda razón de ser. Así lo explicaba Juan Pablo II, en un mensaje a los universitarios: “Ante todo, quiero explicaros cómo veo personalmente el significado de los estudios universitarios desde el punto de vista del hombre joven. Su importancia no se limita únicamente al campo de la cultura, o sea a la adquisición de un cúmulo de saber necesario para ser capaces de desarrollar una determinada función social. En la base de los estudios académicos hay algo más profundo, se trata de la relación creativa con la verdad. Toda la realidad ha sido confiada como tarea al entendimiento y a la capacidad cognoscitiva del hombre en la perspectiva de la verdad, la cual debe ser buscada y examinada hasta que aparezca en toda su complejidad y simplicidad de conjunto”²⁵.

El amor a la verdad compromete toda la vida del investigador y docente, excluye la neutralidad ambigua, requiere fortaleza para navegar contra corriente cuando perseverar en una posición conforme a la verdad no se compagina con una buena *imagen* en la opinión pública o en su entorno más inmediato. Esto no significa un desinterés ante esa opinión: más bien el profesor universitario consciente de la situación del mundo en que vive, debe ser factor activo con peso en la conformación de la opinión pública; ha de asumir el reto de afrontar los hechos que afectan a las personas y a la sociedad, y contribuir con juicios verdaderos a su recto enfoque. No es lógico ni humanamente digno que el universitario se encierre en su torre de marfil y se desentienda de los problemas comunes: debe iluminar con su ciencia, y de modo comprensible, al gran público. Sin renunciar, como es obvio, al rigor científico propio de su dedicación científica.

Cultura y vida universitaria

Existen nexos indestructibles entre la cultura y el saber académico: primero porque los universitarios han sido nutridos en una determinada cultura, y además porque con su tarea propia inciden de nuevo y eficazmente en la orientación general de esa cultura. “Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y

²³ *Ibidem*.

²⁴ R.T. CALDERA. *El oficio del sabio*. Caracas, 1995, p. 15-16.

²⁵ *Carta a los universitarios de México y de América Latina*, n. 1. Ciudad del Vaticano, 11-II-1979.

conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirven de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano”²⁶.

La multiplicación, riqueza y variedad actual de las ciencias humanas no deja de presentar el riesgo de la dispersión y el desconcierto. Hace falta lograr una síntesis de los saberes que contribuya al beneficio y orientación de la vida humana. “La *teología* desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón. Ella presta, además, una ayuda a todas las otras disciplinas en la búsqueda de significado, no sólo ayudándoles a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías. A su vez, la interacción con estas otras disciplinas y sus hallazgos enriquecen la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales”²⁷.

La síntesis cultural que requiere nuestro tiempo se propicia con el intercambio interdisciplinar: “La teología de nuestro tiempo necesita de la ayuda no solamente de la filosofía, sino también de las ciencias, y sobre todo de las ciencias humanas, como base imprescindible para responder a la pregunta <<qué es el hombre>>. Por eso en las facultades de teología no pueden faltar los cursos y seminarios interdisciplinares”²⁸. Lo que da unidad a los distintos saberes es el interés por la persona humana y sus afanes: “Si la teología ha necesitado siempre el auxilio de la filosofía, hoy día esta filosofía tendrá que ser antropológica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre de ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico; es decir como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la vida humana”²⁹. En esta tarea habrá que soslayar las tendencias reductivistas del positivismo científico: “La situación de la cultura actual, dominada por los métodos y por la forma de pensar propios de las ciencias naturales, y fuertemente influenciada por las corrientes filosóficas que proclaman la validez exclusiva del principio de verificación empírica, tiende a dejar en silencio la dimensión trascendente del hombre, y por eso, lógicamente, a omitir o negar la cuestión de Dios y de la revelación cristiana”³⁰.

La Universidad no puede vivir a espaldas de su primordial responsabilidad de influir en la cultura, y ser factor dinámico en su orientación. La búsqueda de la verdad debe repercutir en la excelencia humana. “La cultura es aquello a través de lo cual el hombre en cuanto hombre se hace más hombre y en la que se juega el destino mismo del hombre”³¹. Sería una desgracia que la cultura viniera determinada por los *slogans* publicitarios, los intereses puramente económicos o las tendencias pragmáticas de los *mass media*; “el servicio a la persona y a la sociedad humana se manifiesta y se actúa a través de *la creación y la transmisión de la cultura*, que especialmente en nuestros días constituye una de las más graves responsabilidades de la convivencia humana y de la evolución social”³². Hay que tener en cuenta que, en nuestro medio, la cultura no es solamente la tradicional del pasado; sino que se está configurando, merced sobre todo a los medios de

²⁶ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 53.

²⁷ JUAN PABLO II. Const. Ap. *Ex Corde Ecclesiae*, 15-VIII-1990, n. 19.

²⁸ JUAN PABLO II. *Discurso a los teólogos españoles*. Salamanca, 1-XI-1982, n. 3.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ JUAN PABLO II. *Carta autógrafa al Cardenal Secretario de Estado*, 20-V-1982; cfr. *Discurso en la sede de la Unesco*. París, 2-VI-1980, n. 7.

³² JUAN PABLO II. Exhort. Apost. *Christifideles laici*, n. 44.

comunicación masivos y a su proyección omnipresente, una nueva cultura, que el Documento de Puebla llamó *cultura adveniente*³³.

Religión y cultura

Se pecaría de superficialidad, al hablar de la cultura, si se pasara por alto la influencia decisiva que sobre ella tiene y ha tenido siempre la religión. “El hombre es un ser naturalmente religioso. La orientación hacia el Absoluto está inscrita en su ser propio. La religión, en sentido amplio, es parte integrante de la cultura, donde ella arraiga y desde la cual se expande. Así, todas las grandes culturas tienen, como clave de la bóveda del gran edificio que ellas constituyen, la dimensión religiosa, inspiradora de las grandes realizaciones que han marcado la historia milenaria de las civilizaciones”³⁴. Y este hecho también tiene lugar en los momentos presentes, no sólo en tiempos pasados. Juan Pablo II lo expresa en pocas palabras: “El punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande, el misterio de Dios”³⁵. El fenómeno del ateísmo es de un evidente impacto sobre la cultura cristiano-occidental, unido a la pérdida de la metafísica (crisis de la idea misma de verdad), y a la relativización e instrumentalización de la ética³⁶. La renuncia a buscar las verdades más altas constituye la causa de una grave crisis en la cultura humana. “La inteligencia humana no se apercibe de que abdica de una de sus prerrogativas: la utilización de sus facultades para conquistar la verdad superior, es decir, la verdad esencial y metafísica. Esta se sitúa en aquel nivel verdaderamente humano y espiritual en el que el encuentro con Dios, ya sea de un modo natural, ya sea por la Revelación, puede realizarse en una medida cierta y adecuada” (...). “Parece indudable hoy que la cultura moderna, alma de la sociedad occidental durante siglos y, por medio de ésta, en gran medida, también de las otras sociedades, atraviesa una crisis: ya no se presenta como principio animador y unificador de la sociedad, la cual, a su vez, parece disgregada y con dificultades para asumir su misión de hacer crecer interiormente al hombre en toda la línea de su verdadero ser. Esta pérdida de vigor y de influencia de la cultura parece tener como base una crisis de verdad. El sentido de la verdad ha sufrido un serio impacto por todas partes. Si bien lo miramos, se trata, en el fondo, de una crisis de metafísica”³⁷.

Los síntomas de esa crisis afloran a cada rato³⁸. En este sentido Juan Pablo II propuso desde su primera encíclica un claro programa de acción: “Hay que aumentar los esfuerzos de las conciencias humanas en la medida de la tensión entre el bien y el mal a la que están sometidos los hombres al final del siglo veinte. Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia”³⁹.

Una cultura en función de la persona humana

En la cultura de los diversos conglomerados humanos influyen múltiples factores. Y ciertamente, en los momentos actuales, tienen singular relieve las actitudes con respecto a la ciencia,

³³ JUAN PABLO II, en su *Discurso en Santo Domingo* del 12-X-1992 (n. 10), señaló la conveniencia de que esté “presente la Iglesia en la encrucijada cultura de nuestro tiempo, para impregnar con los valores cristianos las raíces mismas de la cultura *adveniente* y de todas las culturas existentes”.

³⁴ COMMISSION THEOLOGIQUE INTERNATIONALE. *La foi et l'inculturation*. Sprit et vie, n. 5, 2-II-1989; cf. C. BASEVI. *Pensamiento y Teología hacia el año 2.000*. Rev. Palabra, n. 318 (10/91), p. 552.

³⁵ Enc. *Centesimus annus*, 1-V-1991, n. 24.

³⁶ Cf. F. MIGUENS. *Fe y cultura en la enseñanza de Juan Pablo II*. De. Palabra. Madrid, 1994, p. 208.

³⁷ JUAN PABLO II. *Discurso en la Universidad de Oporto*, 15-V-1982, n. 6.

³⁸ Cf. JUAN PABLO II. *Al Congreso Internacional de Teología moral*. Roma, 10-IV-1986, n. 2; F. MIGUENS, o.c., p.225.

³⁹ JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 16.

y a la búsqueda de la verdad en toda su amplitud⁴⁰. En su Discurso en la sede de la Unesco, en París, el 2 de junio de 1980, Juan Pablo II exhortaba a los hombres de cultura a no olvidar la trascendencia de la persona humana: “Si mucho nos edifica en el trabajo científico -nos edifica y también nos alegra profundamente-, este avance del conocimiento desinteresado de la verdad, a cuyo servicio se entrega el sabio con la mayor dedicación y a veces con riesgo de su salud e incluso de su vida, mucho más debe preocuparnos todo lo que están en contradicción con los principios del desinterés y de la objetividad, todo lo que haría de la ciencia un instrumento para conseguir objetivos que nada tienen que ver con ella” (...). “El futuro del hombre y del mundo está amenazado, radicalmente amenazado, a pesar de las intenciones ciertamente nobles de los hombres del saber, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados -en perjuicio del imperativo ético- para fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, e incluso para fines de destrucción y de muerte, y esto en un grado jamás conocido hasta ahora, causando daños verdaderamente inimaginables”⁴¹. Hay un último sentido en el quehacer científico, en la búsqueda de la verdad: “El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre”⁴².

La cultura, en su dimensión plena, no ha podido reducirse nunca a un fenómeno puramente elitesco. Hoy en día mucho menos: ya que la cultura que se genera en ámbitos más activos, no tarda en hacerse presente, de un modo u otro, a todos los sectores de la sociedad: “El empeño evangelizador e inculturizador de la fe en las clases populares y las culturas nativas es, ciertamente, un empeño loable y necesario; pero olvidar el fenómeno paralelo de asimilación de una cultura universal descristianizada e indiferentista que de hecho se está dando, y a marchas forzadas, es cerrar los ojos a la realidad. Y hay que hacer notar que dicho fenómeno no sólo se da a nivel político, jurídico, literario, etc., sino también, gracias a los medios de comunicación social, a nivel popular”⁴³. Cuando Juan Pablo II comenzó a hablar de una *nueva evangelización* en América, no se refería a un contenido nuevo, sino a un “compromiso, no de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión”⁴⁴. Ese empeño afecta concretamente a *los hombres de la cultura*, “que con su vida y su actividad profesional, contribuyen a la difusión del mensaje evangélico en todos los ámbitos culturales del país, fortaleciendo así la colaboración recíproca entre la fe y la ciencia, que haga surgir una nueva fecundidad intelectual, artística, literaria. Todo ello será posible si también el mundo de la cultura abre sin miedo sus puertas a la plenitud de Cristo, al único que da sentido y consistencia a todo lo que existe”⁴⁵.

Prioridad del conocimiento especulativo

La Universidad cumple con respecto al resto de la sociedad una misión insustituible: el fomento del saber teórico o especulativo, la investigación de la verdad en los diversos campos del saber. “La especulación da a la prudencia las bases incommovibles, a la vez que los puntos de orientación de que ha menester para no dejarse arrebatar por el flujo multiforme de la vida ni extraviarse en las encrucijadas que a cada momento le presentan los varios requerimientos de las circunstancias. Como se mueve entre ellos, la prudencia está necesitada de unas estrellas fijas que señalen su rumbo y le permitan conservar el mando (...); por virtud de una necesidad interna, la

⁴⁰ Cf. nota 30.

⁴¹ N. 20-21.

⁴² JUAN PABLO II. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10-XI-1979, n. 4.

⁴³ F. MIGUENS, *o.c.*, p. 206.

⁴⁴ *Discurso a la Asamblea del Celam*, 9-III-1983, III.

⁴⁵ JUAN PABLO II. *A los hombres de la cultura*. Buenos Aires, 12-IV-1987, n. 7.

prudencia se atiende y supedita a la especulación, de la que toma sus bases y con cuyas antorchas se ilumina”⁴⁶. El simple pragmatismo carece, en último término, de una orientación consciente. No se puede actuar con acierto si no se conoce cabalmente la realidad que se afronta. Antes de *transformar el mundo* hay que *conocerlo*; “es conveniente a la sociedad que haya entre sus miembros quien conserve el depósito de los valores especulativos necesarios para la misma definición del bien común práctico y para la defensa de los principios en que ella se apoya. Y de tal conveniencia surge, en su caso, la obligación, para el intelectual que cultiva esos valores, de proclamarlos y defenderlos en beneficio de la sociedad entera y aun cuando hubiere de hacer frente a toda ella o al poder del tirano”⁴⁷. El cultivador del saber no es un parásito de la sociedad, sino un integrante de suma importancia, puesto que le aporta las luces de verdad teórica que toda la sociedad necesita. “Hacer que el intelectual sirva a la vida activa desde su mismo puesto y función de intelectual sólo es posible si hay una operación de tipo <<mixto>> que tenga la virtud de reunir la teoría y la práctica. Esa operación es la enseñanza. Ella es, por consiguiente, la única manera de que el intelectual aporte al bien común su específico haber, que es su saber. Y cuando este saber, que es formalmente especulativo, tiene por objeto el bien común práctico, su comunicación por la enseñanza ilumina y conforta los entendimientos de los demás miembros de la sociedad, de tal manera que *especulativamente los dirige y ordena a su verdadero fin*”⁴⁸.

Las falsas contraposiciones entre la teoría y la práctica no hacen sino deformar el valor de la verdad. Ciertamente son planos distintos, pero indisolublemente unidos. Si la verdad es una ¿por qué si algo es verdadero *en teoría* tiene que ser falso *en la práctica*? Quizás en este sentido hay que interpretar el conocido dicho: *No hay nada más práctico que una buena teoría*. “No es, pues, que especulemos sólo para mejor llevar la vida activa, sino que ésta debe dirigirse y ordenarse según las verdades captadas en la especulación. La actividad humana se fundamenta y enraíza en la teoría, en la misma medida en que el hombre es un ser intelectual y como tal se comporta. Sin embargo, esto no significa que la teoría surja únicamente en función de la práctica. Es la vida activa la que, en tanto que humana, resulta de la contemplación; y no al revés. Invertir el sentido de estas relaciones no es otra cosa que un último y definitivo pragmatismo que, si no desfigura el rostro de la verdad, la humilla, sin embargo, hasta tal punto, que la hace sierva de lo que naturalmente es inferior a ella”⁴⁹.

En páginas anteriores se aludía a la importancia del asombro, como posición ante la riqueza de la realidad, como enfrentamiento interrogativo de la inteligencia humana con el ser de las cosas; este asombro está en el origen del filosofar y de toda búsqueda en profundidad de la verdad. “La situación de asombro, la actitud total de extrañeza, apuntan a la verdad y, subjetivamente hablando, a la teoría, no a la utilidad ni a la acción. Es claro, sin embargo, que los problemas especulativos de que el asombro se nutre no son los únicos que nos dan que pensar. La mayoría de las veces tratamos de resolver problemas prácticos. Necesitamos saber cómo son las cosas para poder aprovecharnos de ellas; y tener una idea de nuestro ser para ordenar debidamente nuestros actos. Pero aunque nos pongamos a pensar en una actividad práctica, es decir, aunque en ello estribe muchas veces el fin de la especulación, la más ínfima dosis de teoría exige un desinterés por la verdad, que es, a su vez, y por su misma esencia, un desligarse y desinteresarse de los móviles mismos de la acción. En el paréntesis especulativo a que las cosas mismas nos constriñen cuando queremos beneficiarnos de ellas, resplandece de un modo sintomático la autonomía del valor de la verdad”⁵⁰.

⁴⁶ A. MILLÁN PUELLES. *La función social de los saberes liberales*. De. Rialp. Madrid, 1961, p. 102-103.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 127.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 132.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 141-142.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 144-145.

El humano deseo de conocer es muy profundo, y se manifiesta como una permanente búsqueda de la verdad: “La pura especulación nace de una extrañeza que excita al entendimiento y le intriga y afana en la prosecución de la verdad, que es, en este caso, la explicación o razón de ser de lo que nos causa la extrañeza. Y es la ignorancia de esa explicación lo que no soportamos cuando hay en nosotros un verdadero interés especulativo”⁵¹. La razón humana, en su función especulativa o contemplativa, tiene una neta superioridad sobre su función práctica, que se ordena a la acción⁵². El conocimiento especulativo redundará en beneficio de todos y no hay ninguna razón para que esté reservado solamente a unos pocos. “Los bienes superiores no se dividen al comunicarse. Son, en este sentido, por su naturaleza misma, universales, y de suyo, por tanto, los más susceptibles de pacífica y quieta posesión, ya que en principio todos los podrían tener enteros, y si de hecho son participados en diversa medida es porque empiezan por no ser iguales los correspondientes poseedores, a quienes Dios, que ama el orden y la variedad de sus criaturas, dota de muy distinta capacidad y aptitud”⁵³.

II. LIBERTAD

Una vez que hemos hablado de la verdad y de su búsqueda sincera y apasionada en el ámbito de la Universidad, convendrá también referirse, con no menor fuerza, a la libertad.

La libertad es una de las características esenciales que definen a la persona, impregnando todo su obrar, para lograr su bien propio; aunque en ocasiones sea desviada hacia el mal. “*El hombre es libre desde lo más profundo de su ser. Por eso los hombres modernos han identificado el ejercicio de la libertad con la realización de la persona: se trata de un derecho y de un ideal que no podemos ni queremos renunciar. No se concibe que se pueda ser verdaderamente humano sin ser libres de verdad*”⁵⁴.

En su nivel más radical la persona humana es entitativamente libre. Hay una libertad interior o constitutiva que se caracteriza como intimidad: la persona se posee, es dueña de sí misma y de sus acciones. Esta libertad interior no puede ser suprimida por coacciones, presiones o influjos ambientales: nadie puede lograr que *yo quiera, sinceramente, lo que no quiero*. De esa libertad constitutiva de la persona brota el derecho a la libre opinión y a su expresión, a vivir según las propias creencias y convicciones. La libertad lleva a la apertura hacia todo lo real: por eso es tan duro el encierro o encarcelamiento. El hombre libre decide sobre su proyecto vital y sobre los medios más oportunos para realizarlo. Nuestra libertad está siempre ubicada en una coyuntura determinada, con las posibilidades y limitaciones que atañen a cada persona. Nunca partimos de cero en el desarrollo de nuestra libertad⁵⁵.

Libertad religiosa y cultural

En el ejercicio de la libertad tiene una gran importancia la libertad religiosa de toda persona humana. “Esta libertad consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tanto por parte de personas particulares como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera, que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites

⁵¹ *Ibidem*, p. 146.

⁵² SAN AGUSTIN. *De Trinitate*, lib. XII, cap. 3: “ratio superior, quae ad contemplationem, et inferior, quae ad actionem pertinet, in mente una”.

⁵³ A. MILLÁN PUELLES. *o.c.*, p. 165.

⁵⁴ R. YEPES STORK. *o.c.*, p. 159-160.

⁵⁵ Cf. *Ibidem*, p. 160-163.

debidos (...); el derecho a la libertad religiosa está realmente fundado en la dignidad misma de la persona humana, tal como se la conoce por la palabra revelada de Dios y por la misma razón natural (...); el derecho a la libertad religiosa no se funda en la disposición subjetiva de la persona, sino en su misma naturaleza, por lo cual el derecho a esta inmunidad permanece en aquellos que no cumplen la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella, y su ejercicio no puede ser impedido con tal de que se guarde el justo orden público”⁵⁶. Sin el respeto a la libertad las manifestaciones del obrar humano dejarían de ser auténticas, también -evidentemente- las religiosas: “Porque el ejercicio de la religión, por su propia índole, consiste sobre todo en los actos internos voluntarios y libres, por los que el hombre se ordena directamente a Dios: actos de este género no pueden ser mandados ni prohibidos por una potestad meramente humana”⁵⁷.

Tiene también gran importancia respetar la libertad humana en su despliegue cultural: “El derecho de cada hombre a la cultura no está asegurado si no se respeta la libertad cultural. Con demasiada frecuencia la cultura degenera en ideología y la educación se transforma en instrumento al servicio del poder político y económico. No compete a la autoridad pública determinar el tipo de cultura. Su función es promover y proteger la vida cultural de todos, incluso la de las minorías”⁵⁸.

La Historia se desenvuelve por el dinamismo de la libertad humana. El hombre tiene la capacidad de autodeterminar su conducta, adoptando decisiones propias, para bien o para mal. Dios nos ha hecho libres, y en uso de esa libertad somos actores de nuestra historia personal y de la historia global: la calidad de la Historia depende directamente de la calidad de muchas historias personales. La libertad interior de cada persona humana es un hecho inicial, experimentado cada día; una perfección que se manifiesta como recibida. Es un don o regalo de gran categoría, que Dios ha hecho al hombre; y merece por esto que la respetemos y amemos. “La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y en la bondad. La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza”⁵⁹.

Educación y libertad

El respeto a la libertad es un principio básico de toda la tarea educativa. Así lo recoge la Constitución Nacional de 1999: “La educación es un derecho humano y un deber social fundamental (...) La educación es un servicio público y está fundamentada en el respeto a todas las corrientes del pensamiento, con la finalidad de desarrollar el potencial creativo de cada ser humano y el pleno ejercicio de su personalidad en una sociedad democrática basada en la valoración ética del trabajo y en la participación activa, consciente y solidaria en los procesos de transformación social consustanciados con los valores de la identidad nacional, y con una visión latinoamericana y universal. El Estado, con la participación de las familias y la sociedad, promoverá el proceso de educación ciudadana de acuerdo con los principios contenidos en esta Constitución y en la ley”⁶⁰. Y la Ley de Universidades de 1970: “La enseñanza universitaria se inspira en un definido espíritu de democracia, de justicia social y de solidaridad humana, y estará abierta a todas las corrientes del pensamiento universal, las cuales se expondrán y analizarán de manera rigurosamente científica”⁶¹.

⁵⁶ Conc. VATICANO II. Decl. *Dignitatis humanae*, n. 2-3.

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ S.C.D.F. Instrucción *Libertatis conscientia*, n. 93.

⁵⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.731.

⁶⁰ Art. 102.

⁶¹ Art. 4; Cf. A. LOMBARDI. *o.c.*, p.40.

Al servicio del hombre y de su libertad está la formación humanística: por ser persona el hombre tiene un puesto singular en el conjunto del universo, “en toda su irreplicable realidad del ser y del obrar, del entendimiento y de la voluntad, de la conciencia y del corazón. El hombre en su realidad singular (porque es <<persona>>) tiene una historia propia de su vida y sobre todo una historia propia de su alma”⁶². Junto a las materias de la formación profesional es de desear que el estudiante universitario (y con mayor razón todavía el profesor) tenga conocimientos de literatura, filosofía, artes, historia, etc.; para que no pierda de vista a la persona humana con la limitación de su especialismo y de su restringido método científico. Por la unidad de la persona humana y de la verdad, como conocimiento de *toda* la realidad, parece muy conveniente el cultivo de la interdisciplinariedad, para evitar los reduccionismos intelectuales, vitales o sociales que van en merma de la libertad. El estudioso debe asomarse al saber universal, pero sin perder el punto de apoyo de su propia cultura y tradición: una transculturización indiscriminada -esnobismo y superficialidad intelectual- empobrece gaudemente a las personas.

Tener en cuenta la libertad supone procurar su perfeccionamiento, mediante la adquisición de hábitos técnicos, artísticos, intelectuales y morales; mediante actividades orientadas hacia el desarrollo de esos ámbitos: la formación universitaria no es mera *instrucción*, por muy erudito que sea el almacenamiento de saberes. La convivencia de profesores, alumnos y empleados; en un ambiente culto e impregnado de laboriosidad, con atención a las personas singulares, con un respeto de la libertad en el pluralismo, con un esfuerzo compartido en la búsqueda de la verdad y en su generosa transmisión; he aquí el marco necesario para la potenciación de la libertad en cada uno de los universitarios. Los afanes meramente pragmáticos ignoran en el ámbito universitario lo que hay de más humano en la persona. “Si el progreso contemporáneo (...) debe tener un rostro verdaderamente humano, entonces deberá tratar no sólo de ofrecer al hombre el máximo de medios para que *tenga más*, sino también la posibilidad de *ser más* hombre. Ninguna tendencia, ningún programa materialista puede garantizar el *desarrollo del hombre espiritual*”⁶³.

Humanismo cristiano

El humanismo cristiano alcanza cotas de gran profundidad en su valoración del hombre, según refleja un conocido texto del Concilio Vaticano II: “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...). Cristo (...) manifiesta plenamente el hombre al propio hombre (...). El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en algún modo a todo hombre”⁶⁴. La consideración de lo que es específicamente humano, constituye elemento imprescindible del progreso cultural. “La cultura es el lugar en el que se humaniza la persona humana y accede cada vez más profundamente a su humanidad”⁶⁵. “El desarrollo del mundo hacia órdenes económicos y culturales que respondan cada vez más a las exigencias integrales del hombre es una tarea que entra de lleno en la vocación del mismo hombre a dominar la tierra”⁶⁶.

La valoración de aquello que es propiamente humano requiere una disposición solidaria de la libertad, de quien no se encierra en un estrecho círculo de intereses, sino que se deja involucrar por *todo lo que es humano*. “La primera y más determinante función de la voluntad en el quehacer filosófico consiste en asegurar -a través de un *buen amor*- la pureza de la teoría. Y en este sentido, cabría insistir en que la rectitud de la voluntad -su apertura a lo bueno-en-sí, que es el ente en cuanto ente- resulta imprescindible, aunque no baste, para una adecuada comprensión de la verdad; y que,

⁶² JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 14.

⁶³ K. WOJTYLA. *Conferencia a un grupo de sacerdotes*, 1974. En *Scripta Theologica* (1979), p. 51.

⁶⁴ Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

⁶⁵ JUAN PABLO II. *Discurso al Congreso M.E.I.C.*, 16-I-1982.

⁶⁶ JUAN PABLO II. *Audiencia general*, 25-VI-1986.

por el contrario, la desviación del querer voluntario -la reduplicación autorreferencial que encierra el yo individual o colectivo- sí que es suficiente para impedir cualquier penetración cognoscitiva, con alcance sapiencial y metafísico, en lo real”⁶⁷.

Para el progreso cultural no es suficiente la multiplicación de los conocimientos, con un frío *diagnóstico* de la realidad material. Hace falta una consideración *afectuosa* hacia el hombre y lo específicamente humano: “¿Cómo la tan rápida y progresiva dispersión de las disciplinas científicas puede armonizarse con la necesidad de formar su síntesis y de conservar en los hombres las facultades de la contemplación y de la admiración, que llevan a la sabiduría?”; “¿De qué manera (...) hay que reconocer como legítima la autonomía que reclama para sí la cultura, sin llegar a un humanismo meramente terrestre o incluso contrario a la misma religión?”⁶⁸. Y es que el progreso actual de las ciencias experimentales y de las tecnologías puede favorecer -si bien no necesariamente- cierto fenomenismo y agnosticismo, a la vez que una autosuficiencia humana de horizontes meramente terrenos⁶⁹. Otra manera de potenciar la libertad, además de proporcionarle el conocimiento integral de la persona humana y de sus posibilidades, es procurar -y ello atañe especialmente a la Universidad- que quienes estén bien dotados intelectualmente puedan acceder a los estudios superiores y puedan cabalmente desempeñar en la sociedad el papel que les corresponde⁷⁰.

La cultura, en su más amplia expresión, es resultado eminente de la libertad humana y florece aquella tanto más cuanto ésta es respetada y valorada. “Con la expresión *cultura*, en general, se indica todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la misma vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos; más aún, a todo el género humano (...). Estilos de vida diversos y escalas de valor múltiples encuentran su origen en la manera particular de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de cultivar las ciencias, las artes y la belleza”⁷¹.

Las formas culturales pueden ser tan variadas como las iniciativas de la libertad humana. “Cada día es mayor el número de los hombres y mujeres, de cualquier grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad”⁷². Y a través del tiempo y de la libre actuación de las personas constituyen un verdadero patrimonio espiritual que nos influye y sobre el que influimos. “La cultura así entendida, abarca la totalidad de la vida de un pueblo: el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma *conciencia colectiva* (...). La cultura comprende, asimismo, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social, cuando no son impedidas o reprimidas por la intervención de otras culturas dominantes”⁷³.

⁶⁷ T. MELENDO. *Entre moderno y postmoderno. Introducción a la metafísica del ser*. Eunsa. Pamplona, 1997, p. 30-31.

⁶⁸ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 56.

⁶⁹ *Ibidem*, n. 57.

⁷⁰ *Ibidem*, n. 60.

⁷¹ *Ibidem*, n. 53; cfr. PABLO VI, Exhort. Apost. *Evangelii nuntiandi*, n. 19-20.

⁷² Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 55.

⁷³ *Documento de Puebla*, n. 387.

Libertad y misión de la Universidad

Fácilmente se comprende el porqué la libertad es absolutamente esencial en una institución generadora de cultura, como lo es la Universidad; “la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales”. “La libertad (...) será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones”⁷⁴. La formación cultural no es solamente de la inteligencia, sino de toda la persona. Y lo más importante para la persona es *aprender* a amar, como ejercicio integral de libertad, ya que el amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano⁷⁵. Así lo expresaba Juan Pablo II en la Polonia todavía comunista: “*La cultura* es la expresión del hombre, es la confirmación de la humanidad. El hombre la crea y, mediante ella, el hombre se crea a sí mismo. Se crea a sí mismo con el esfuerzo interior del espíritu, del pensamiento, de la voluntad, del corazón. Y, al mismo tiempo, crea la cultura en comunión con los otros. La cultura es la expresión del comunicar, del pensar juntos y del colaborar de los hombres. Nace del servicio al bien común y se convierte en bien esencial de las comunidades humanas”⁷⁶. Y en carta a los universitarios latinoamericanos: “La Universidad es, en todo país y sociedad, la escuela y el ambiente de formación de la propia cultura. Se encamina a esto el trabajo de investigación y de creatividad de los científicos y de los profesores que transmiten el resultado de sus investigaciones a las generaciones jóvenes de estudiantes. La cultura crea un perfil espiritual en la sociedad: un particular fundamento de su identidad constituye la herencia con las que vienen educadas siempre las nuevas generaciones. Deseo referirme ahora con especial estima y gratitud al trabajo científico de cada Universidad, de cada investigador y de cada profesor. Juntamente, con esta dignidad característica de ellos, se une la gran responsabilidad hacia esta juventud que entrega su corazón e inteligencia, para poder así absorber los bienes del conocimiento y de la cultura”⁷⁷.

La importancia de la libertad es clave en el humanismo que una Universidad de inspiración cristiana busca impartir. No hay *soluciones católicas* para la inmensa gama de cuestiones opinables que se presentan ante la libertad humana. El creyente sólo acepta como verdades inamovibles aquéllas que Dios ha revelado: el resto constituye la multiforme y pluralística variedad de las libres opciones personales. Esta variedad no simplemente se tolera, sino que se favorece y alienta. El diálogo abierto es consustancial a la vida universitaria, como intercambio interdisciplinar y acogida personal. Se hace realidad el viejo lema: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*: unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo. Es el modo de obrar que proponía Karol Wojtyła en el aula del Concilio Vaticano II: “deberíamos hablar de tal manera que el mundo vea que, para nosotros, no se trata tanto de enseñar al mundo de una manera autoritaria como de encontrar la justa y verdadera solución de los problemas difíciles de la vida humana y del mismo mundo. La cuestión no se centra en el hecho de que la verdad nos sea ya conocida; se trata más bien de la manera según la cual el mundo la encontrará por sí mismo y la hará suya”⁷⁸.

Superar el materialismo

Una cultura consumista, que pone en primer lugar la valoración de las cosas materiales, *cosifica* al hombre y restringe con ello su libertad: “En esto encuentra también su fundamento la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y el tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el

⁷⁴ A. BELLO, *o.c.*

⁷⁵ Cf. JUAN PABLO II. Exhort. Apost. *Familiaris consortio*, n. 11.

⁷⁶ JUAN PABLO II. *A los estudiantes*, en *Gniezno*. 3-VI-1979.

⁷⁷ JUAN PABLO II. *Carta a los universitarios de México y de América Latina*, n. 1. Ciudad del Vaticano, 11-II-1979.

⁷⁸ *Discurso*, 21-X-1964.

hombre tiene, a su *tener*, no sólo es secundaria, sino totalmente relativa. Todo el *tener* del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su tener, puede al mismo tiempo ser más plenamente como hombre, llega a ser más plenamente hombre en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad⁷⁹.

La minusvaloración de la auténtica libertad humana, de la primacía de la persona sobre las cosas, supone nuevos peligros para la entera humanidad: “El futuro del hombre y del mundo está amenazado, a pesar de las intenciones ciertamente nobles de los hombres del saber, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados -en perjuicio del imperativo ético- para fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, e incluso para fines de destrucción y de muerte, y esto en un grado jamás conocido hasta ahora, causando daños verdaderamente inimaginables⁸⁰.”

Los saberes liberales

La libertad caracteriza de propio derecho a la tarea del universitario, que cultiva un saber *liberal* en el sentido más clásico de la palabra: “es el saber liberal un saber libre, exento de ordenación utilitaria. Ese carácter libre lo tiene, sobre todo, la especulación pura. Así lo ha mantenido una ininterrumpida tradición que surge explícitamente en Aristóteles. Para éste, en efecto, lo más rigurosamente libre es la sabiduría no buscada sino por el puro gozo y plenitud que en ella alcanza el hombre. Sin embargo, de un modo analógico también los demás saberes liberales tienen razón de fin, siendo apetecibles en sí mismos y no estando de suyo ordenados al mundo del trabajo y de la vida activa⁸¹. El *desinterés* que caracteriza a estos saberes hace que no sean un simple medio para otra cosa: ése es su rango de *saberes liberales* (y no esclavos o serviles). “De esta manera, pues, cabría, en principio, que los que hemos llamado saberes liberales, siendo deseables en sí mismos y no estando de suyo ordenados a la sociedad, fueran, no obstante, provechosos a ésta y aun necesarios en algún sentido, sin por ello perder su índole de fines y su esencial y radical diferencia con los demás saberes⁸².”

III. IMPLICACIONES Y REQUERIMIENTOS

Hemos considerado dos aspectos esenciales de la vida universitaria: la verdad y la libertad. Ambos aspectos no se contraponen entre sí, como a veces -a la ligera- algunos señalan. La verdad no supone una planificación coercitiva, ni una restricción arbitraria de la investigación ni de la docencia. Y a su vez la libertad no lleva consigo el abusivo atropello de la realidad: ni de los hechos ni de los derechos de las personas. “La Universidad teleológicamente es libertad y verdad, todo lo demás se le subordina e históricamente sólo la autonomía posibilita esta doble vocación⁸³. “Las Universidades no pueden renunciar a *la búsqueda de la verdad sin coacción*”⁸⁴.

⁷⁹ JUAN PABLO II. *Discurso en la sede de la Unesco*. París, 2-VI-1980, n. 7; cf. Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 35.

⁸⁰ JUAN PABLO II. *Ibidem*, n. 21.

⁸¹ A. MILLÁN PUELLES. *o.c.*, p. 10-11.

⁸² *Ibidem*, p. 12-13.

⁸³ A. LOMBARDI, *o.c.*, p. 27.

⁸⁴ *Ibidem*.

La Universidad nació -y continúa viviendo- como una comunidad de saberes (*universitas scientiarum*) y una comunidad de personas (*universitas scholarium*). Aparece así el doble aspecto antes señalado: la comunidad de saberes viene unificada por la búsqueda de la verdad; y la comunidad de personas por el delicado respeto y promoción de la libertad de los demás. La Universidad es un empeño que se realiza en común, por la colaboración activa de profesores, alumnos y empleados; por la convivencia en el trabajo de todos; en un pluralismo respetuoso de las personas y de su libertad; con una meta a la que tiende toda su actividad: “es propio de la vida universitaria la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada”⁸⁵.

Armonía no dialéctica

La conciliación entre verdad y libertad no es una conciliación dialéctica: no se basa en una oposición que no existe, sino en una mucho más profunda y mutua implicación. La Universidad no es el escenario adecuado para luchas y tensiones, sino para el estudio sereno de los problemas. “La sociedad se refleja en la Universidad, con sus conflictos y contradicciones, pero es un error trasladar el conflicto social a la Universidad. En ésta se debe estudiar la dinámica social y la estructura de poder en la perspectiva del pensamiento crítico y científico, pero sin incurrir en el error de asumir directamente la responsabilidad del cambio social y político”⁸⁶. La Universidad no tiene como misión ofrecer soluciones a corto plazo, pero su aportación a la vida social es de suma importancia: “al estudiar con profundidad científica los problemas, renueva también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa”⁸⁷.

La Universidad presta un gran servicio al bien común en la medida en que contribuye a la formación de una antropología integral, “que respete todas las dimensiones de su ser (del hombre) y que subordine las materiales e instintivas a las interiores y espirituales”⁸⁸. Debe buscar la formación integral de todos sus miembros, con una cultura que tienda al desarrollo completo de la personalidad humana, que ha de proyectarse en el entorno social; la formación profesional se inserta dentro del marco más amplio de una verdadera formación humanística: desarrollo de la excelencia humana en toda su amplitud, intelectual y moral; en prosecución de unidad, verdad, bien y belleza.

Una antropología integral ha de esforzarse en no divorciar a la libertad de la verdad: “la libertad reniega de sí misma, se autodestruye y se dispone a la eliminación del otro, cuando no reconoce ni respeta su *vínculo constitutivo con la verdad*. Cada vez que la libertad, queriendo emanciparse de cualquier tradición y autoridad, se cierra a las evidencias primarias de una verdad objetiva y común, fundamento de la vida personal y social, la persona acaba por asumir como única e indiscutible referencia para sus propias decisiones no ya la verdad sobre el bien o el mal, sino sólo su opinión subjetiva y mudable o, incluso, su interés egoísta y su capricho”⁸⁹.

Como el vínculo entre verdad y libertad es profundo, no debe ser despreciada la verdad en nombre de la libertad; ni atropellada la libertad con la excusa de la verdad: “todos deben respetar la conciencia de cada uno y no tratar de imponer a nadie la propia <<verdad>>, respetando el derecho de profesarla, y sin despreciar por ella a quien piensa de modo diverso. *La verdad no se impone sino en virtud de sí misma*”⁹⁰. “La verdad hay que perseguirla apasionadamente y vivirla al máximo de la

⁸⁵ JUAN PABLO II. Const. Apost. *Ex corde Ecclesiae*, n. 2.

⁸⁶ A. LOMBARDI, *o.c.*, p. 27.

⁸⁷ Beato J. ESCRIVÁ. *Discurso* del 7-X-1972.

⁸⁸ JUAN PABLO II. Enc. *Centesimus annus*, n. 36.

⁸⁹ JUAN PABLO II. *Mensaje para la Jornada Mundial de la paz*. 1-I-1991, c. I.

⁹⁰ *Ibidem*.

propia capacidad. Esta búsqueda sincera de la verdad lleva no sólo a respetar la búsqueda de los demás, sino también al deseo de buscarla juntos”⁹¹.

Libertad con contenido

Cuando la libertad humana carece de la referencia a la verdad, presenta unas realizaciones pobres y mezquinas: “La libertad sólo es valorizada plenamente por la aceptación de la verdad”⁹². Es una evidencia que se hace más y más patente en un clima de materialismo consumista. “El hombre que se preocupa sólo o prevalentemente de tener y gozar, incapaz de dominar sus instintos y sus pasiones y de subordinarlas mediante la obediencia a la verdad, no puede ser libre. *La obediencia a la verdad sobre Dios y sobre el hombre* es la primera condición de la libertad, que le permite ordenar las propias necesidades, los propios deseos y el modo de satisfacerlos según una justa jerarquía de valores”⁹³. En efecto, la libertad humana no es desenfreno ni desarraigo; tiene un norte, una orientación: “Ciertamente frente a algunas aberraciones del más tosco practicismo político, es oportuno insistir en la autonomía objetiva de la especulación, que en términos morales se traduce en el derecho del hombre a la verdad (...). Pero este derecho a la verdad es una libertad respecto de ella en el solo sentido en que de tal cosa puede hablarse: como libertad para alcanzarla, para alzarnos y abrirnos a su luz, no para crearla o deformarla”⁹⁴.

Con su búsqueda sincera y libre de la verdad el universitario presta un inestimable y alto servicio, independientemente de que, en ocasiones, no acabe de ser justamente apreciado. “Todo el que comunica auténticos valores cumple realmente una función social. Y su preocupación no ha de ser tanto la de que estos valores sean sociales, cuanto la de que la sociedad sea valiosa. Quiero decir que la única manera de que efectivamente sea social su valor es que la sociedad participe de él, que lo conozca y lo viva. Y si realmente logra esto el escritor y todo el que se dedica a un saber liberal, sea de índole estética o científica, habrá pagado con la mejor moneda los beneficios que de la sociedad recibe y cumplido, a su modo la función social que le compete”⁹⁵.

Decíamos que la conciliación entre verdad y libertad no es dialéctica: no es un juego de oposiciones. Hay entre ellas mutuas implicaciones y requerimientos. Por una parte sólo una investigación y docencia libres son capaces de buscar y transmitir la verdad, con auténtica *creatividad*. Por la otra parte sólo una búsqueda y enseñanza sincera de la verdad es genuinamente libre: el error ata y aliena, tanto la inteligencia como la voluntad. Valgan a este propósito las consideraciones de Juan Pablo II sobre *el esplendor de la verdad*: “solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en *estar* en la Verdad y en *realizar* la Verdad” (...). “La cultura contemporánea ha perdido en gran parte este vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad y, por tanto, volver a conducir al hombre a redescubrirlo es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia, por la salvación del mundo. La pregunta de Pilato: <<¿qué es la verdad?>>, emerge también hoy desde la triste perplejidad de un hombre que a menudo ya no sabe quién es, de dónde viene ni adónde va. Y así asistimos no pocas veces al pavoroso precipitarse de la persona humana en situaciones de autodestrucción progresiva”⁹⁶. Hay un vínculo constitutivo y esencial entre verdad y libertad:

⁹¹ JUAN PABLO II. Enc. *Centesimus annus*, n. 46.

⁹² JUAN PABLO II. Enc. *Evangelium vitae*, n. 19.

⁹³ *Ibidem*, n. 41.

⁹⁴ A. MILLÁN PUELLES, *o.c.*, p. 111.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 193.

⁹⁶ JUAN PABLO II. Enc. *Veritatis splendor*, n. 84.

“Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”⁹⁷. La exigencia personal en conocer y expresar la verdad se complementa con el amor a la libertad: sin *poner puertas al campo*, sin coaccionar injustamente a los demás. Cuando el hombre se abandona al relativismo y al escepticismo, busca, abandonando la verdad, una libertad engañosa⁹⁸.

Dignidad de la persona y libertad

La libertad del hombre necesita un rumbo, un sentido, unas pautas; para no ser simplemente un arbitrio irracional. No hay que tener miedo a la verdad ni a la libertad, regalos de Dios al hombre, basamentos de su dignidad: cuando se desprecia la verdad o se mira con indiferencia, se termina despreciando la vida del hombre y los derechos humanos. La libertad es para el bien, para el amor, para la plenitud; no para el juego caprichoso o el egoísmo estrecho. ¿Cómo darle un pleno sentido a la libertad que cada uno de nosotros tenemos?: amando. Si no, la rica potencialidad del hombre permanece estéril; “la libertad se realiza en el *amor*, es decir, en el *don de uno mismo* (...), el servicio de Dios y a los hermanos”⁹⁹. O, dicho con otras palabras: “La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres”¹⁰⁰. Cuando la verdad se hace vida marca el rumbo de la libertad, y presenta a los ojos de todos el ejemplo atractivo de la coherencia. Ésta lleva en ocasiones a tener que nadar contra corriente, ofreciendo así un esforzado testimonio. “Lejos de perfeccionarse en una total autarquía del yo y en la ausencia de relaciones, la libertad existe verdaderamente sólo cuando los lazos recíprocos, regulados por la verdad y la justicia, unen a las personas. Pero para que estos lazos sean posibles, cada uno personalmente debe ser auténtico. La libertad no es la libertad de hacer cualquier cosa, sino que es libertad para el Bien, en el cual solamente reside la felicidad”¹⁰¹.

El Concilio Vaticano II declaró solemnemente que la libertad religiosa es un derecho humano fundamental: todo hombre, por su misma dignidad, debe estar inmune de coacción, de manera que ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida obrar conforme a ella. Este derecho presupone, a su vez, un deber: “Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre y, por tanto, enaltecidos con una responsabilidad personal, tienen la obligación moral de buscar la verdad, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a adherirse a la verdad conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad”¹⁰².

El relativismo, que en apariencia figura como respeto a la libertad de las personas, es en realidad un encogimiento de hombros ante ella. El amor a la verdad no amenaza a la libertad, sino que la potencia. “El relativismo es una posición moral extrema que, lejos de representar o producir el consenso, aparta de él a todos los pueblos de todas las épocas. La razón de ello está en que, si hay algo que mueve a los hombres, no es ninguna otra cosa que la distinción entre lo bueno y lo malo. Esta distinción produce conflictos y se halla en la base de muchas atrocidades que unos hombres han cometido contra otros. Mas también es el único refugio de las víctimas. Más allá de la distinción referida no hay más que cinismo (...). El relativismo, que prohíbe denominar malos a los actos de esos verdugos, no sería sino la definitiva traición a las víctimas. Quien dice que también se puede matar a

⁹⁷ *Evangelio de San Juan* 8, 32.

⁹⁸ Cf. JUAN PABLO II. Enc. *Veritatis splendor*, n. 1 y 31-34.

⁹⁹ *Ibidem*, n. 87.

¹⁰⁰ Beato J. ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 27.

¹⁰¹ S.C.D.F. Instrucción *Libertatis conscientia*, n. 26.

¹⁰² Conc. VATICANO II. Decl. *Dignitatis humanae*, n. 2-3.

la propia madre -dice Aristóteles, señalando los límites del discurso- no merece argumentos sino reprimendas”¹⁰³.

El trasfondo cultural

En realidad, y aunque a veces se intente pasarlo por alto, el trasfondo real de cualquier cultura viene constituido por la actitud de los hombres hacia la verdad religiosa y moral. “Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o los desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación positivamente religiosa o por el contrario atea. De aquí que la religión o la irreligión, sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura familiar, económica, política, artística, etc., en cuanto los libera hacia la trascendencia o los encierra en su propio sentido inmanente”¹⁰⁴. En esa realidad el papel que corresponde a la Universidad es de suma importancia, de ningún modo neutral. “La Universidad debe formar verdaderos líderes, constructores de una nueva sociedad y esto implica, por parte de la Iglesia, dar a conocer el mensaje del Evangelio en este medio y hacerlo eficazmente, respetando la libertad académica, inspirando su función creativa, haciéndose presente en la educación política y social de sus miembros, iluminando la investigación científica”¹⁰⁵.

Cuando predomina una mentalidad que concede primacía, cuando no monopolio, a la ciencias positivo-experimentales y a lo conocimientos tecnológicos, ello no ocurre sin detrimento de la persona humana y de una cultura auténticamente *humanista*. Las ciencias particulares no llegan a lo más íntimo y característico de la persona, y no pueden resolver los problemas auténticamente humanos. Hay que rechazar la tentación de dar a los problemas humanos soluciones meramente *técnicas*; “la transformación de las condiciones materiales de vida, operada por la técnica, es tal que la tentación de una vida cómoda y superficial se ha hecho constante”¹⁰⁶.

Es preciso valorar las raíces morales de la cultura de un pueblo. Decía Andrés Bello: “La moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales”¹⁰⁷. Y en la misma ocasión: “Si la razón humana es débil, si tropieza y cae, tanto más necesario es suministrarle alimentos sustanciosos y apoyos sólidos. Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le hace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo, al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo; sin emponzoñar las fuentes de la moral, sin afeardar y envilecer la religión misma. He dicho que todas las verdades se tocan; y aun no creo haber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una. No se puede paralizar una fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen”¹⁰⁸.

Así es posible apreciar, una vez más, el nexo indestructible entre la verdad y la libertad, que constituye alimento substancial de la cultura y tiene tanto que ver con la misión de la Universidad: “La libertad, como contrapuesta, por una parte a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más

¹⁰³ R. SPAEMANN. *Felicidad y benevolencia*. Madrid, 1991, p. 213.

¹⁰⁴ *Documento de Puebla*, n. 389.

¹⁰⁵ *Ibidem*, n. 1.054.

¹⁰⁶ Cf. S. PINCKAERS. *Las fuentes de la moral*. Eunsa. Pamplona, 1988, p. 109 ss.

¹⁰⁷ *Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile*, 17-X-1843.

¹⁰⁸ *Ibidem*.

nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones¹⁰⁹.

Conocer la verdad y amar el bien

En virtud de la unidad de la persona humana y de toda la realidad, no es posible separar la captación de la verdad y la libre prosecución del bien. “El intelecto en primer término aprehende el ser; y en segundo lugar aprehende que entiende el ser; y en tercer lugar aprehende que apetece el ser. De donde primero es la razón de ser, luego la de verdadero y en tercer lugar la razón de bueno”¹¹⁰. “La comprensión de la radical unidad de verdad y bien en el ser mismo, y viceversa, del despliegue del ser en verdad y bien (uno de los logros de la profunda mirada de Santo Tomás, que introdujo la metafísica del espíritu en su filosofía del ser) nos remite enseguida al carácter personal del fundamento de lo real: nosotros encontramos la verdad y el bien en el ser de lo real porque captamos el ser y lo apetecemos, y captamos que lo captamos y que lo apetecemos. Esto es, tanto a nivel operatorio como a nivel reflexivo o temático, encontramos el bien y la verdad, porque estamos dotados de entendimiento”¹¹¹.

La madurez de la persona se alimenta no solamente de elementos cognoscitivos, sino también volitivos, de libre querer del bien; “esta relación creativa con la verdad en un sector elegido del conocimiento y de la ciencia constituye propiamente la substancia de los estudios a nivel universitario. El resultado de estos estudios debe conllevar no sólo una determinada cantidad de conocimientos adquiridos en el transcurso de la especialización, sino además una peculiar madurez espiritual que se presenta como la responsabilidad por la verdad: por la verdad en el pensamiento y en la acción. Tal responsabilidad caracteriza a un hombre espiritualmente maduro. En este camino el proceso del conocimiento llega a ser al mismo tiempo proceso de educación de la propia humanidad que fructifica con el ejercicio responsable de la libertad humana. Cristo ha dicho: <<conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres>> (Juan 8, 32), indicando así la maduración conjunta del conocimiento y de la libertad en el hombre. En resumen, el valor de la verdad humana se mide por el modo en que el hombre hace uso del don de la libertad, de la libre voluntad; por la suma del bien en que consigue empeñar su voluntad y finalmente por su capacidad de darse al prójimo, a la sociedad y a la humanidad”¹¹². En este sentido, la maduración de cada persona repercute en el entorno social en forma de cultura. “La cultura proviene del hombre. El recibe gratuitamente de la naturaleza un conjunto de capacidades, de talentos, como los llama el Evangelio, y, con su inteligencia, su voluntad y su trabajo, le compete desarrollarlos y hacerlos fructificar. El cultivo de los propios talentos, tanto por parte del individuo como por parte del grupo social, con el fin de perfeccionarse a sí mismo y dominar la naturaleza, construye la cultura. Así, al cultivar la tierra, el hombre actualiza el plan de Dios; al cultivar las ciencias y las artes, trabaja para la elevación de la familia humana y para llegar a la contemplación de Dios”¹¹³.

La ausencia de contenidos intelectuales, de *presencia de verdad*, deteriora los logros de la libertad. “Una cultura intencionadamente antimetafísica produce por lógica una sociedad agnóstica y neopagana, a pesar de los esfuerzos encomiables de personas honestas y preocupadas por el destino de la humanidad”¹¹⁴. La atención a los requerimientos de la verdad es vital para una orientación de la

¹⁰⁹ *Ibidem*.

¹¹⁰ Sto. TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica* I, q. 16, a. 4. ad 2.

¹¹¹ R.T. CALDERA. *El oficio del sabio*. Caracas, 1995, p. 47.

¹¹² JUAN PABLO II. *Carta a los universitarios de México y de América latina*, n. 1. Ciudad del Vaticano, 11-II-1979; cf. Conc. VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 56.

¹¹³ JUAN PABLO II. *Discurso en la Universidad de Oporto*, 15-V-1982, n. 3.

¹¹⁴ JUAN PABLO II. *Homilía en Nettuno*, 1-IX-1979, n. 4.

libertad que esté al servicio del bien humano. “La esencial unión de Verdad-Bien-Libertad se ha perdido en gran parte de la cultura contemporánea. Por tanto, llevar al hombre a redescubrirla es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia para la salvación del mundo. La pregunta de Pilato: <<¿Qué es la verdad?>> surge también hoy de la desconsolada perplejidad de un hombre que con frecuencia no sabe quién es, de dónde viene, ni adónde va. Así vemos no pocas veces cómo la persona humana se precipita en situaciones de autodestrucción progresiva”¹¹⁵. Si el hombre no sabe quién es, de dónde viene ni adónde va, no es posible que pueda dar un sentido constructivo a su libertad y que ésta no vague sin rumbo. “Es necesario que la reflexión ética se fundamente cada vez con más profundidad en una verdadera antropología y que ésta se apoye en aquella metafísica de la creación que está en el centro de todo pensar cristiano. La crisis de la ética es la prueba más evidente de la crisis de la antropología, crisis originada a su vez por el rechazo de un pensamiento verdaderamente metafísico. Separar estos tres momentos -el ético, el antropológico y el metafísico- es un gravísimo error. Y la historia de la cultura contemporánea lo ha demostrado trágicamente”¹¹⁶.

Una libertad que se desentiende de la verdad no es más que una gran fuerza, poderosa sí, pero ciega. “Algo más grave ha sucedido aún: el hombre no está convencido de que sólo en la verdad puede encontrar la salvación. La fuerza salvífica de lo verdadero se rechaza, confiando a la sola libertad, desarraigada de toda objetividad, la tarea de deducir autónomamente lo que está bien y lo que está mal. Este relativismo se traduce, en el campo teológico, en una desconfianza en la sabiduría de Dios, que guía al hombre con la ley moral. Frente a lo que prescribe la ley moral se contraponen las llamadas situaciones concretas, sin considerar nunca, en el fondo, que la ley de Dios es siempre el único bien verdadero del hombre”¹¹⁷. El conocimiento de la verdad nunca constituye un estorbo para la perfección humana y el desarrollo de la libertad; al contrario, supone una ampliación de las posibilidades que el hombre tiene.

En este sentido el progreso de las diversas ciencias debe ser aplaudido y estimulado. “Todos estos medios a través de los cuales *se va revelando más plenamente la naturaleza del hombre*, abren nuevas vías a la verdad y pueden ahondar en nosotros la comprensión de los misterios de Dios. El avance de las ciencias cósmicas, y las ciencias de la vida, las comunicaciones, la medicina, la educación de masas, la psicología, los medios de producción, la predicción de datos a través de la electrónica: todo esto puede ayudar a lograr un aprecio más profundo del hombre. En realidad estos logros espléndidos de la raza humana son signos de la grandeza de Dios y del desarrollo de sus propios designios misteriosos. Mediante ellos se abre una puerta en la creación de Dios y en el sentido del don de la creación”¹¹⁸. Detrás de cada progreso en el conocimiento de la verdad el hombre se va abriendo a los valores más altos. Decía Juan Pablo II en un encuentro con intelectuales: “Trabajad con un sentido de trascendencia, porque Dios es la Suma Verdad, la Suma Belleza, el Sumo Bien, y con la labor científica y artística se puede dar gloria al Creador y preparar así el encuentro con Dios Salvador”¹¹⁹.

Hacia una síntesis de los saberes

La amplitud y diversificación de los conocimientos científicos llevan consigo el riesgo de la dispersión. Es preciso hacer converger esos conocimientos en función de la excelencia humana. “Hoy

¹¹⁵ JUAN PABLO II. *Al Congreso Internacional de Teología Moral*. Roma, 10-IV-1986, n. 2.

¹¹⁶ *Ibidem*, n. 4.

¹¹⁷ *Ibidem*, n. 2.

¹¹⁸ JUAN PABLO II. *A los intelectuales y artistas, en la Universidad Sogang de Seúl*, 5-V-1984, n. 2.

¹¹⁹ JUAN PABLO II. *A los hombres de la cultura*. Buenos Aires, 12-IV-1987, n. 7.

día es más difícil sintetizar las varias disciplinas y ramas del saber. Porque, al crecer el acervo y la diversidad de elementos que constituyen la cultura, disminuye al mismo tiempo la capacidad de cada hombre para captarlos en una integración orgánica, de modo que cada vez se va desdibujando más la imagen del *hombre universal*. Sin embargo, queda en pie para cada hombre el deber de conservar la estructura de toda la persona humana, en la que destacan los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia y fraternidad; todos los cuales se basan en Dios Creador y han sido sanados y elevados maravillosamente en Cristo”¹²⁰.

A los cristianos corresponde, por expreso encargo de Jesucristo, la misión de ser sal de la tierra y luz del mundo. El dinamismo de las actividades temporales corresponde de propio derecho y responsabilidad a los fieles laicos, comunes ciudadanos cristianos: “la Iglesia pide que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de la investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista. Tal presencia está destinada no sólo al reconocimiento y a la esencial purificación de los elementos de la cultura existente críticamente ponderados, sino también a su elevación mediante las riquezas originales del Evangelio y de la fe cristiana”¹²¹.

En una Universidad de inspiración cristiana, ¿cómo conciliar la adhesión a la verdad revelada con el respeto máximo a la libertad de las conciencias de todos? En la formación que imparta una tal Universidad habrán de tener una posición preeminente la Teología y la Filosofía cristiana, en plena coherencia con aquella inspiración fundamental. Elemento primordial en la concepción cristiana del hombre y de su vida personal es el máximo aprecio a la libertad, de manera que los conocimientos y enfoques se ofrecen siempre en un clima de libertad a los profesores y alumnos, creyentes en su gran mayoría en un medio culturalmente cristiano. Para aquellos que no sean creyentes, la respetuosa exposición de los principios cristianos será también provechosa, en la medida en que podrán valorar con mayor conocimiento la tradición cultural del medio en que se desenvuelven.

Es evidente que la acumulación de conocimientos y razonamientos teológicos y filosóficos no tiene capacidad para llevar a la Fe en la verdad revelada, pues ésta es un don de Dios, que llega con la gracia y la libre adhesión de la persona; sin que esta adhesión deba ni *pueda* jamás ser forzada.

El multiculturalismo, que resulta más patente por las tendencias globalizadoras, es un hecho creciente en la sociedad de nuestros días. Pero no tiene por qué ser una coartada para el relativismo. Debe haber una plena libertad en la doctrina o religión que se desee, siempre desde la perspectiva del esfuerzo humano por buscar y alcanzar la verdad en todas sus dimensiones. Está planteada en nuestros días la búsqueda conjunta de una solución justa y equilibrada de los difíciles problemas de la vida humana¹²². Esta última observación señala un área de convergencia para todos los hombres de buena voluntad, a la que los cristianos aportan sinceramente todo su empeño.¹²³

Evangelizar la cultura

La evangelización del mundo, que compete a los cristianos, es un anuncio de la verdad revelada que sólo puede ser asumido en libertad. Este mensaje liberador ha de ser pregonado a los cuatro vientos; es la “*historia de la evangelización*, una historia que se ha desarrollado en el *encuentro con la cultura de cada época* (...). La Iglesia renueva cada día, contra el espíritu de este mundo, una lucha que no es otra cosa que la *lucha por el alma de este mundo*. Si, de hecho, por un lado, en él están presentes el Evangelio y la evangelización, por el otro hay *una poderosa*

¹²⁰ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 61.

¹²¹ JUAN PABLO II. Exhort. Apost. *Christifideles laici*, n. 44.

¹²² Cf. K. WOJTYLA. *Discurso del 21-X-1964* en el Aula conciliar.

¹²³ Cf. JUAN PABLO II. *Discurso a los teólogos españoles en Salamanca*, 1-IX-1982.

antievangelización que dispone de medios y de programas, y se opone con gran fuerza al Evangelio y a la evangelización. La lucha por el alma del mundo contemporáneo es enorme allí donde el espíritu de este mundo parece más poderoso. En este sentido, la *Redemptoris missio* habla de *modernos areópagos*, de decir, de nuevos púlpitos. Estos areópagos son hoy el mundo de la ciencia, de la cultura, de los medios de comunicación; son los ambientes en que se crean las élites intelectuales, los ambientes de los escritores y de los artistas¹²⁴. Es el Evangelio la *buena nueva*, la *noticia alegre*. El cristiano debe ser en este mundo nuestro “portador de humanidad y transmisor de una novedad eterna”¹²⁵.

Se trata de una verdadera *inculturación* de las enseñanzas del Evangelio, que tiene un particular eco en nuestra peculiar idiosincrasia cultural iberoamericana. “Esta cultura impregnada de fe y con frecuencia sin una conveniente catequesis, se manifiesta en las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetradas de un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de la cercanía de Dios. Se traduce en una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta el modo peculiar como nuestros hombres viven su relación con la naturaleza y con los demás hombres; en un sentido del trabajo y de la fiesta, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco. También en el sentido de su propia dignidad, que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla”¹²⁶. Se trata de una cultura propia, de gran vigor, que no tiene por qué copiar miméticamente modelos ajenos. “Es una cultura que, conservada de un modo más vivo y articulador de toda la existencia en los sectores pobres, está sellada particularmente por el corazón y su intuición. Se expresa, no tanto en las categorías y organización mental características de las ciencias, cuanto en la plasmación artística, en la piedad hecha vida y en los espacios de convivencia solidaria”¹²⁷. Es un ejemplo vivo de cómo la evangelización, sin confundirse con las diversas culturas, las tiene en cuenta amorosamente. En claro contraste con la creciente *secularización* que ha invadido tantos ámbitos culturales: “La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas”¹²⁸.

La *inculturación* del Evangelio lleva consigo abundantes frutos de excelencia humana, de solidaria aproximación a los otros, de convivencia *personalizada*: el hombre “única creatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud sino en la entrega sincera de sí mismo a los demás”¹²⁹. Juan Pablo II comenta esta aseveración: “Puede decirse que en estas palabras de la Constitución pastoral del Concilio se compendia toda la antropología cristiana: la teoría y la praxis, fundada en el Evangelio”¹³⁰.

Las enseñanzas del Evangelio no tienen su origen en el ingenio ni en el esfuerzo humanos: no son, por tanto, una cultura. “El Evangelio y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas todas sin someterse a ninguna”¹³¹. Si no hubiera esta impregnación no habría coherencia entre la fe y la vida real de los cristianos. “Es todo el

¹²⁴ JUAN PABLO II. *Cruzando el umbral de la esperanza*. Barcelona, 1994, p. 127 y 131.

¹²⁵ Beato J. ESCRIVÁ. *Surco*, n. 419.

¹²⁶ *Documento de Puebla*, n. 413.

¹²⁷ *Ibidem*, n. 414.

¹²⁸ PABLO VI. Enc. *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

¹²⁹ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 24.

¹³⁰ Enc. *Dominum et vivificantem*, n. 59.

¹³¹ PABLO VI. Enc. *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

hombre, en lo concreto de su existencia cotidiana, el que es salvado en Cristo y es, por ello, *todo* el hombre el que debe realizarse en Cristo. Una fe que no se haga cultura es una fe no acogida plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente”¹³².

En las palabras inaugurales de su pontificado Juan Pablo II hacía un vigoroso llamado a dejar de lado los temores, sin falsas contraposiciones, derivadas de estrecheces mentales: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo El lo conoce!”¹³³. La verdad revelada no va en detrimento de la libertad humana. “En un mundo sin verdad, la libertad pierde su consistencia y el hombre queda expuesto a la violencia de las pasiones y a condicionamientos patentes o encubiertos. El cristiano vive la libertad y la sirve (cf. *Juan* 8, 31-32), proponiendo continuamente, en conformidad con la naturaleza misionera de su vocación, la verdad que ha conocido. En el diálogo con los demás hombres y estando atento a la parte de verdad que encuentra en la experiencia de vida y en la cultura de las personas y de las Naciones, el cristiano no renuncia a afirmar todo lo que le han dado a conocer su fe y el correcto ejercicio de su razón”¹³⁴.

Es el llamado que se repetiría años después: “¡Pueblos todos, abrid las puertas a Cristo! Su Evangelio no resta nada a la libertad humana, al debido respeto a las culturas, a cuanto hay de bueno en cada religión. Al acoger a Cristo, os abris a la Palabra definitiva de Dios, a Aquel en quien Dios se ha dado a conocer plenamente y a quien el mismo Dios nos ha indicado como camino para llegar hasta El”¹³⁵.

Tenemos una reciente invitación, dirigida expresamente a todos los ámbitos del continente americano, en orden a la evangelización de la cultura: “El mundo de la educación es un campo privilegiado para promover la inculturación del Evangelio. Sin embargo, los centros educativos católicos y aquéllos que, aun no siendo confesionales, tienen una clara inspiración católica, sólo podrán desarrollar una acción de verdadera evangelización si en todos sus niveles, incluido el universitario, se mantiene con nitidez su orientación católica. Los contenidos del proyecto educativo deben hacer referencia constante a Jesucristo y a su mensaje, tal como lo presenta la Iglesia en su enseñanza dogmática y moral. Sólo así se podrán formar dirigentes auténticamente cristianos en los diversos campos de la actividad humana y de la sociedad, especialmente en la política, la economía, la ciencia, el arte y la reflexión filosófica”¹³⁶.

Caracas, 21-II-2000

¹³² JUAN PABLO II. *Alocución al Congreso Nacional <<Empeño cultural>>*. Roma, 16-I-1982.

¹³³ JUAN PABLO II. *Homilía*, 17-X-1978.

¹³⁴ JUAN PABLO II. Enc. *Centesimus annus*, n. 46.

¹³⁵ JUAN PABLO II. Enc. *Redemptoris missio*, n. 3.

¹³⁶ JUAN PABLO II. Exhort. Apost. *Ecclesia in America*, n. 71.